

CUANDO hace unas semanas los periodistas fueron recibidos por el Presidente de la República del Perú, general Velasco Alvarado, en una de las habituales conferencias de prensa, se encontraron con que el salón donde estaban había experimentado un sutil cambio. El retrato de Francisco Pizarro aparecía cubierto con una tela, y se les anunció que iba a ser sustituido por otro de Tupac Amaru, protagonista de una de las primeras revueltas contra la metrópoli de toda la América Latina, y despedazado por los españoles, para ejemplo y escarmiento, ante sus huéspedes en la Plaza de Armas de Cuzco. La habitación del Palacio de Gobierno cambia de nombre y pasa de «salón Pizarro» a «salón Tupac Amaru». Se habla también de que la espléndida estatua ecuestre del conquistador fundador del Perú, que ocupa ahora su lugar en un rincón de la maravillosa Plaza de Armas limeña, junto al palacio presidencial, va a ser trasladada a un nuevo emplazamiento. Pero parece que esta vez el motivo es de orden exclusivamente urbanístico.

La revolución peruana, cuatro años en el poder, necesita símbolos. Tupac Amaru, aristócrata mestizo, culto y poderoso, protagonizó el primer episodio emancipador de los países andinos. Los indios le siguieron como a un líder. Su horrible muerte le convirtió en leyenda. Aunque antes que los peruanos, los guerrilleros urbanos uruguayos tomaron su denominación de él: Tupac Amaru es el mito elegido como símbolo por los militares que el 3 de octubre de 1968 dieron al traste con casi tres lustros de régimen parlamentario, a propósito del enorme escándalo que envolvió a todo el Gobierno de Belaunde con la llamada «Acta de Talara», que suponía, lisa y llanamente, la entrega del país a los intereses monopolistas internacionales. Hasta entonces, el Perú podía ser considerado como el lugar más liberal de la Tierra. En un país donde la miseria alcanza niveles inimaginables para una mayoría de la población, con siete millones de indios analfabetos y desnutridos (media de vida en algunos lugares de la sierra y de la selva: treinta años), dividido geográficamente en tres zonas (costera, sierra y selva) con economía y problemática muy diversas, la actividad política no pasaba de ser una profesión ejercida por una minoría al margen de los intereses y de los problemas, algunos verdaderamente vitales, del Perú. Sólo el APRA, fundado por el otrora líder revolucionario Haya de la Torre, conservaba cierta atracción sobre las masas, si bien la revolución de este partido fue alejándose

se cada vez más de sus ya lejanos postulados iniciales. El resto de los partidos, o tenían escasa fuerza y nulo arraigo en el pueblo (comunista, demócrata-cristiano, etc.), o apenas eran una pudibunda tapadera de las oligarquías propias y ajenas. La corrupción económica y administrativa llegó a alcanzar grados verdaderamente inauditos...

Han pasado cuatro años de la llamada revolución peruana. Nadie en el Perú parece acordarse del Parlamento. Los partidos inundan las paredes de Lima de «slogans». No han sido suprimidos, pero se les ha dejado sin su razón de ser: la Cámara y las elecciones. Unos, como la democracia cristiana, han

lece de todo lo contrario. Predominan los grupos de izquierda, más o menos extrema. Se cuenta que el grupo maoísta sufrió una fuerte crisis moral a la llegada, hace pocas semanas, de una nutrida delegación comercial de la China Popular, quizá avanzadilla de la plena normalización diplomática. Un examen de la abundante literatura estudiantil, que prolifera en panfletos, manifestaciones callejeras, octavillas y «slogans», es un exhaustivo recorrido por la innumerable gama de neos que distinguen todas las corrientes ideológicas de nuestro tiempo. Para los estudiantes de la Universidad de Lima el régimen actual es neofascista, neosocialis-

mucho a esclarecer el problema. En atractivos folletos editados —¡atención a la sigla!— por el Sistema de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS) no está la palabra socialismo. Pero abundan frases como éstas: «La revolución se hace para reemplazar una sociedad injusta por otra mejor. No es un nuevo orden que reemplaza al anterior. Sino un orden que reemplaza al desorden»; «Una nueva estructura de poder que no se base en el monopolio de la capacidad de decisión de los grupos minoritarios y privilegiados que tradicionalmente han dominado la sociedad, sino, por el contrario, en la asunción de poder económico, político

LA VUELTA DE TUPAC A



La plaza de armas limeña, con el palacio presidencial (izquierda) y la estatua ecuestre de Pizarro, que va a ser trasla

declarado solemnemente su apoyo al actual régimen. Otros, como el partido comunista, no ocultan una distante, y sin embargo decidida, colaboración a nivel de cuadros. El APRA se limita a convocar actos de masas donde, en el fondo, se invita a sus militantes al menos a no boicotear. El APRA es fuerte en los sindicatos y es indudable que podría plantear problemas. No los plantea...

¿Qué pasa en el Perú? ¿Qué tipo de régimen es este que se permite romper el sacrosanto bloqueo a Cuba decretado por los yanquis, o establecer relaciones comerciales con la China de Mao? ¿Qué militares son estos que no ocultan sus simpatías por la experiencia yugoslava?

En Lima hay 30 Universidades. Su apoyo al actual régimen no es excesivo. Más bien, sobre todo por parte de la Universidad estatal, ado-

ta, neol imperialista, neocapitalista, neorreformista, y así hasta el infinito. Sin embargo, Fidel, desde La Habana o haciendo una significativa escala en el aeropuerto de Lima, a su vuelta de Chile, no deja de lanzar elogios y mano extendida a los militares peruanos. La Unión Soviética también ha establecido relaciones diplomáticas y se habla de que pronto lo hará incluso la Alemania del Este. Por el contrario, los Estados Unidos llevan ya tres años que han cortado todo tipo de ayuda económica al Perú y sus relaciones son más bien tirantes y en absoluto cordiales.

El actual régimen del Perú no es socialista. Al menos esa palabra no aparece por ningún lado en las declaraciones de principios ni en los discursos oficiales. La revolución se define a sí misma como «humanista y libertaria», en conjunción de palabras que no ayuda

y social por parte de quienes integran los sectores mayoritarios pero marginados de la sociedad». Un examen estructural de estos y de otros muchos escritos difundidos a través de SINAMOS (y siempre bajo la silueta de Tupac Amaru) encontraría bastante parecido conceptual con una ideología marxista. Y, sin embargo, está bastante claro que ni uno solo de los militares peruanos profesan ni de lejos esta concepción ideológica, a pesar, para complicar más la cuestión, de la atracción ejercida para algunos por las experiencias de cogestión de Yugoslavia o incluso de la China Popular.

Es evidente que a través de los textos, sean éstos oficiales o de la oposición izquierdista, es imposible esclarecer el actual fenómeno político del Perú. Lo más que se llega es a destacar una indudable originalidad a nivel lingüístico,

Y eso, a pesar de que la revolución no parece dada a consignas ni a «slogans». Si algo choca a quien llega a Lima es precisamente la casi total ausencia de cualquier tipo de iconografía política dirigida a las masas. Lo que quiere decir que o no interesan o que no se tiene ninguna fe en su credibilidad, bien sea desde arriba o desde abajo. Por otra parte, entre los logros del actual régimen no ha estado el de la movilización popular, si bien la creación de SINAMOS intenta responder a una necesidad que los militares no dan excesiva impresión de sentir con urgencia.

«Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza». Así comen-

damental en un país con un porcentaje de analfabetismo aterrador, está ya en marcha, si bien no aparece clara su financiación.

Para la minoría monopolista peruana que vive en Miraflores y San Isidro, barrios residenciales de Lima con espectacular «standard» de vida, los militares son comunistas. Para la izquierda elitista se trata de un reformismo que esconde una nueva táctica del imperialismo: las reformas no son radicales y ocultan, en el fondo, el deseo de dominio de una nueva clase (la militar) que margina en la realidad al pueblo. Pero estos últimos hechos recientes, como el contrato a la Bayer, lo prueban.

Pero, dejando aparte el inútil juego de las definiciones, cierto tipo de revolución se está efectuando en Perú. Los logros de cuatro años de gobierno no son espectaculares, pero sí apreciables y, en algunos casos, verdaderamente significativos. Y el cambio se está produciendo sin apenas trauma social, con el apoyo de la Iglesia. Con escasa represión que hubiera sido nula sin lamentables episodios como el de Puno. Bien es verdad que la corrupción puede ser una grave tentación de cualquier grupo social que ejerce sin control el poder. Y no parece que los militares peruanos estén protegidos contra ella, sobre todo a través de sueldos altos y de privilegios que pueden llevarlos a constituir una nueva clase, lo que de hecho ya son, a pesar de que los medios de propiedad y producción no estén en sus manos. Sin embargo, las reformas son irreversibles. Y el proceso de cambio del Perú es una realidad a la que es imposible sustraerse. Inclasificable, contradictoria, ambigua, sin definir, la vía peruana es hoy entre los países de América Latina una experiencia que ha de ser atendida con el máximo interés. Descalificarla sin más en nombre de purismos ideológicos puede ser una grave irresponsabilidad histórica.

En el moderno y confortable aeropuerto de Lima, un probo funcionario obliga a todos los turistas a justificar los dólares con que salen del país. La medida es tan habitual como molesta. Y sin embargo, en el actual panorama latinoamericano no deja de tener algo de reconfortante. Lo mismo que esa vuelta de la efígie de Tupac Amaru a un salón del Palacio de Gobierno. Puede o no gustar, pero es un símbolo de independencia. Y esa es precisamente la primera piedra, no necesariamente nacionalista en su sentido peyorativo, que los países de América Latina necesitan para edificar su futuro. ■

PEDRO ALTARES.

La Capilla siXtina

LA BODA DE ENCARNA

La del alba sería cuando han llamado a mi puerta, y en mi puerta se ha recortado una Encarna con sueño, pero alada y sonriente.

—Don Sixto, Me caso.
He vuelto a cerrar la puerta porque me ha parecido evidente que estaba soñando. Pero nuevamente el timbrazo. Abro y esta vez Encarna estaba menos alegre.

—Pero, ¿qué le pasa?
—Así que es verdad. Eres tú, Encarna, y te casas.

He dejado la puerta abierta a lo irremediable y Encarna ha desparramado su presencia por mi apartamento, hasta el punto que yo no podía ni sentarme en una silla porque hubiera sido algo así como rozar a la propia Encarna. Yo permanecía en pie, escuchando su afortunado resumen de una noche afortunada. El es músico. Es decir, toca la flauta y el tamboril. Iba para físico nuclear, pero lo dejó correr porque presencié un debate ante la televisión entre Oppenheimer y Teller, entre la paz y la guerra. El es canadiense. Rubio y alto como la cerveza. En el pecho lleva tatuado un colibrí y el lema *La ley es la selva*. Se casan.

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?
—Mañana. Abajo, en mi piso.
¿Cómo? Pues hemos barajado varias soluciones y hemos aceptado la más poética e informal: la boda gitana. Cogeremos una olla de barro cocido y la tiraremos contra el suelo. Cada pedazo será un año de contrato matrimonial.

—Con lo que se ha adocenado lo de la alfarería, la olla se va a romper en doscientos pedazos y os van a enterrar en un ataúd doble.

—Pero qué mala intención tiene usted, don Sixto. Ya buscaremos una olla bien resistente para que se rompa en pocos pedazos. ¿Por qué no la busca usted que tiene tiempo libre?, y además quiero que sea el padrino.

Y a las nueve de la mañana he empezado mi peregrinación por las cacharrerías de Madrid. Creo que he dado el espectáculo. Porque yo pedía «familias de ollas», ollas de la misma hornada. Y cuando me señalaban una familia de ollas yo escogía una, la tiraba contra el suelo, comprobaba el número de pedazos, pagaba la rotura y me iba sin olla. Cerca del mediodía ya me seguía una veintena de curiosos, entre los que estaban los

diez propietarios de cacharrerías, a los que había sorprendido con mis originales compras. Por fin, uno de ellos me ha abordado.

—Pero, ¿qué busca usted?
—De verdad, de verdad, busco una olla que no se rompa.

El hombre se ha rascado una oreja.

—Venga conmigo. Puedo ofrecerle una olla que ofrece bastantes garantías. ¿Ha de ser de barro?

—De no poder ser de piedra...
—No hay ollas de piedra. De acero...

—No. No. Se notaría.
—Bueno. Buscaremos un barro durísimo.

Me ha llevado a la tienda de un cacharero de Legazpi y me he llevado una olla increíble, que debía pesar sus buenos cinco kilos y parecía hecha de pared maestra.

En el piso de Encarna ya me esperaban los canapés de sardina de lata y los invitados enlatados como sardinas. Mucha juventud. El novio era un canadiense al que Baroja habría descrito así: larguirucho, sin sustancia y nada relevante en su personalidad como no sea la melena despeinada. El novio ha auscultado la olla como un médico del seguro, y Encarna me ha pedido que la tirase yo mismo contra el suelo. Los novios a mi lado, un cerco libre a mi alrededor. Expectación. Yo cojo la olla. Cierro los ojos. Concentro toda la energía espiritual de un «no», tratando de impregnar de «no» la pobre carne de barro. Y tiro la olla.

Sigo con los ojos cerrados hasta que se acalla el jol! que ha ocupado la estancia. Los abro: la olla está en el suelo, intacta. Varias voces dicen que vuelva a tirarse. Pero Encarna dice que no. Que la cosa está hecha, y que si la olla no quiere no hay boda. En vano el matemático, físico, músico o como quieran trata de convencerla con una serie de martingalas y ecuaciones, cálculos de probabilidades, etcétera, etcétera. Yo ya estoy tranquilo, porque nada enfurece tanto a Encarna como los vendedores a domicilio. Y se van. Y sólo nos quedamos Encarna, yo, la olla, restos de canapés de sardinas, de vino tinto. A las cuatro de la madrugada yo estaba empapado de sardinas y tinto cuando subía hacia mi piso con la olla colgada de mi mano, como un ser querido al que nunca abandonaré.

SIXTO CAMARA